

# Históricas Digital

“Epílogo”

p. 591-612

Nicolás Pizarro

*Obras II. El monedero*

Carlos Illades y Adriana Sandoval  
(edición, recopilación y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Coordinación de Humanidades  
Instituto de Investigaciones Filológicas

2005

616 p.

Texto

(Nueva Biblioteca Mexicana 154)

ISBN (pasta dura) 970-32-3204-3

ISBN (rústica) 970-32-3205-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii\\_monedero.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## EPÍLOGO





## DIEZ AÑOS DESPUÉS

El estruendo de los combates a que ha estado entregado México desde 1810, se hacía escuchar con más fuerza en el año de 1858, en varios puntos importantes de la República, dando principio a una guerra civil tan encarnizada y asoladora como la de la insurrección.<sup>1</sup> El partido reaccionario había vencido en México y en Salamanca, y se preparaba a asediar a Guadalajara, en donde había tenido lugar con anterioridad una sedición de la tropa de línea y los presos de la cárcel, que llegaban a ochocientos hombres, contra las autoridades locales, y la suprema, que en aquella ciudad estaba refugiada, en marzo del año a que nos referimos. El presidente legítimo huía con sus ministros después de haber corrido los mayores riesgos en Guadalajara,<sup>2</sup> con dirección al estado de Colima, escapando otra vez en Santa Ana Acatlán de las garras de los pronunciados, a quienes la guardia nacional de Jalisco había obligado a capitular y a soltar su importantísima presa, pues dio la desgracia que los capitulados y los miembros que componían el supremo gobierno, siguiesen casi un mismo camino y se encontrasen en el pueblo indicado, donde se trabó un nuevo combate entre la corta fuerza que custodiaba al presidente y los rebeldes de Guadalajara. Este contratiempo, terrible por lo inesperado, y porque venía después de otros muchos, no fue motivo suficiente para abatir el ánimo del jefe de la nación y de sus ministros, sin embargo de que únicamente tenían delante de sí, como medio de salvación, el destierro, embarcándose por el Manzanillo, si atendían sólo a la pujanza que había adquirido el bando clerical con la caída de don Ignacio Comonfort y con el triunfo sobre la coalición de los estados.

Don Benito Juárez, hombre que guarda en lo más recóndito todas sus impresiones, sin permitir a los músculos de su cara que se contrai-

<sup>1</sup> Se refiere a la Guerra de Tres Años o de Reforma, que concluyó a principios de 1861.

<sup>2</sup> Lugar en donde Guillermo Prieto, para contener a la guarnición que asediaba al presidente Benito Juárez, pronunció la conocida frase: "¡Alto!, los valientes no asesinan".

gan o se alarguen para expresar la alegría o el dolor, indio puro, que se ha elevado a fuerza de su mérito, el cual consiste principalmente en su carácter indomable; don Melchor Ocampo, talento privilegiado, carácter moral intachable, severo como Aristides; don Santos Degollado, don Manuel Ruiz y don León Guzmán, caminaban en una mañana de marzo de 1858 llevando por enseña la Constitución de 1857, que era el arca de la alianza, escapada de entre los filisteos, la bandera que había de reunir al gran partido liberal dispersado momentáneamente como las palomas sorprendidas por una parvada de aves de rapiña.

Caminaban, decimos, con dirección a Zapotlán, lugar conocido desde la guerra de la Independencia, el cual ha sido después ilustrado con una importante victoria, conseguida por los liberales al mando de don Ignacio Comonfort contra las huestes de Santa Anna en 1855. Los viajeros no podían ya resistir la fatiga del camino, porque habían tenido que hacerlo a trote muy largo, temiendo ser alcanzados por los rebeldes, cuando uno de los guías les dijo que podían descansar en el pueblo de Atoyac, que se hallaba muy cerca.

—Sí, *trás lomita*, respondió Ruiz, esforzándose en reanimar con el chiste sus adoloridos miembros, pues desgraciadamente su alma grande no está en justa proporción con su físico débil y enfermizo.

—Quiere decir que habrá tres o cuatro leguas mortales, observó Guzmán dando un suspiro; en tal caso voy a apearme del caballo, y me tiraré en medio del camino; si llega Rocha seré de vida, si Landa acabarán mis penas.

Efectivamente el general don Juan N. Rocha iba en persecución de Landa, siendo lo más notable que ambos tenían una parte del quinto batallón de infantería, del cual uno era coronel, y el otro teniente coronel.

Juárez y Degollado caminaban silenciosamente, como si esto de experimentar cansancio fuese cosa desconocida para ellos. El guía, que era un soldado de policía de México, conociendo que no podía tener bastante autoridad su palabra, se dirigió a don Francisco Iniestra, su jefe, que iba allí, y que era el que más había contribuido la salvar al gobierno en Santa Ana Acatlán.

—Mi coronel, ¿ha caminado usted por estos pueblos?

—Hasta ahora.

—Pues si tenemos tiempo y me da usted permiso, yo llevaré a los señores a la Nueva Filadelfia, que dista muy poco de aquí.

—¿La Nueva Filadelfia?, preguntó con curiosidad Ocampo, a quien le había llamado la atención aquel nombre griego: ¿Qué es eso?

—Señor, es una hacienda, o creo que pueblo...

—Vamos, será las dos cosas; ¿pero qué hay en él?

—Hay en él, contestó el soldado llevándose involuntariamente la mano a la frente en señal de respeto, que allí el pobre no es pobre.

—¿Es posible?

—Usía dispense, como yo no me sé explicar... Pero allí, sí señor, es otra cosa de lo que vemos en los pueblos y en las haciendas.

Al decir esto había ya subido la comitiva a la cima de una eminencia, desde donde se distinguía el pueblo de Atoyac, y a la derecha de éste la Nueva Filadelfia de que venía hablando el soldado. Todos se detuvieron para contemplar aquel delicioso panorama. Al pie de la eminencia en que se hallaban los viajeros, se extendía una gran rincónada defendida por una cadena de cerros que la abrigaba de los vientos, y permitía sembrar en ella la vistosa planta del algodón, que entonces ostentaba sus capullos entreabiertos, los que dejaban colgar sus copos blancos como la nieve, teniendo por fondo el verde oscuro del follaje. Multitud de mujeres cubiertas con sombreros de paja, y vestidas con blusas algodón de diferentes colores, recogían en aquel momento los capullos, echándolos en canastillos que iban a vaciar siempre en orden, a varias sacas colocadas fuera del sembrado. Cerca de éste, una tropa de robustos labradores dirigía las yuntas de bueyes, que rompían con el arado la tierra en que otros trabajadores iban depositando el maíz, y allá en lontananza, una imponente masa de edificios colocada en el centro de dos líneas circulares de pequeñas habitaciones, completaba el paisaje, distinguiéndose en la gran superficie que encerraban las líneas de casitas, diferentes sembrados que en aquella distancia parecían de trigo, separados por líneas de frondosas parras.

—¿Pero de quién es esto?, preguntó Ocampo, a quien el gusto por las escenas de la vida campestre hacía olvidar enteramente las importantes meditaciones de que se había ocupado en todo el camino. ¡Qué lujo de vegetación! ¡Qué maestría en el trabajo! ¡Vea usted señor presidente, con qué seguridad llevan esos trabajadores la manceira, y qué líneas tan rectas van trazando! ¡Y allá, a lo lejos ¡qué caserío tan elegante el del centro, y en lugar de cabañas para los pobres, qué hermosas viviendas, blanqueadas y colocadas en forma circular, probablemente para que unos a otros se ayuden los campesinos, y para seguridad de los edificios principales!

—¿Quién será el dueño de estos terrenos?, preguntó el presidente; debe ser un verdadero liberal el que trata tan magníficamente a sus sirvientes.

—Señor, dijo el soldado, estos terrenos no son de ninguno en particular.

—Pues sólo que sean de alguna comunidad, dijo Degollado; es la primera ocasión que veo a una comunidad hacer algo bueno.

—Señor, esos terrenos son de todos.

—¡De todos!, exclamaron varias voces a un mismo tiempo.

—Usías perdonen mi rudeza, dijo el soldado quitándose definitivamente el chacó; si yo hubiera estado por más tiempo en la Nueva Filadelfia, sabría hablar mejor, pero como sólo estuve unos pocos meses, apenas pude aprender a leer.

—¿Ha estado usted en esa finca?

—Sí, señores, y la verdad, me echaron de ella, porque reñí con un capataz; me fui hasta México y entré entonces en la policía, pero aquí está mi coronel que puede decir si he tenido buena conducta en el batallón.

—Sí, es un buen muchacho, contestó Iniestra.

—¿Con que decía usted que las tierras de la Nueva Filadelfia son de todos los trabajadores?, preguntó Degollado.

—Sí, señor, y no sólo las tierras, sino también los ganados, las semillas, los edificios; todo es de todos; por esto allí los hombres, las mujeres y hasta los niños cuidan y trabajan con gusto como en cosa propia. ¿A que no ve usted gente con chicote, ni mandones que maltraten a los sirvientes? No, señor; el capitán es el que más trabaja y los otros siguen su ejemplo. Pues además de esto, cada a uno tiene allí un capital. Yo, por ejemplo, que ya había recibido un premio, tenía mil y tantos pesos de inscripción en el libro.

Unos a otros se miraban los circunstantes sin comprender de pronto lo que el soldado refería.

—¿Y qué sucedió con el capital?, preguntó uno de ellos.

—Lo perdí con mi salida, pues fue ésta por mala conducta, y así lo reza el reglamento.

—¿Y cuánto le dan a uno para comer diariamente?, preguntó otro.

—Cuanto necesita.

—Será indispensable una inmensa riqueza, y aun así se acabará pronto.

—Yo no sé; pero esta Filadelfia que ven ustedes, y otra que está más adelante, llevan diez años de establecidas, y no han necesitado nuevos

fondos, sino fue cuando una partida de soldados quemó la primera. Entonces el director, que estaba en México, consiguió dinero, se reedificaron las casas, se repusieron las máquinas, y se concluyó la segunda. En todos los años siguientes, no obstante que los colonos están bien asistidos en comida y vestido y que su trabajo es moderado, ha habido sobrantes que se han aplicado a los trabajadores y a los fundadores en proporción de su capital.

En aquel momento el eco sonoro de una campana que partió del punto más elevado de los edificios centrales de la Nueva Filadelfia, y era repetido por otras campanas colocadas en la entrada de las calzadas, en los cuatro vientos, hizo cesar repentinamente los trabajos de las mujeres que recogían el algodón, y que llenas de gozo se volvieron al lugar a que eran llamadas, porque era llegada la hora de comer. Los pequeños carros destinados al acarreo de las sacas de algodón hicieron su último viaje, y los boyeros, desuniciendo a los animales, siguieron con ellos el movimiento general hacia el centro de la colonia.

—Vámonos, dijo Ocampo; la campana que ha sonado desde lo alto de aquella torrecilla parece destinada a recordar a cada uno su deber. El nuestro como buenos demócratas es ir siempre adelante. Vámonos, dijo mirando por última vez la campiña; ésta es la tierra de promisión; Dios ha querido que la veamos así como dicen los libros santos que Moisés divisó la tierra de Chanaam. Acaso nuestro destino es como el suyo, no llegar a ella en nuestra vida; bajaremos al sepulcro oyendo en lugar de resposos que no hacen gran falta, los gritos insensatos de los que nos llaman impíos y ladrones; pero mucho nos consolará el pensar que ayudamos y servimos a la Humanidad, que en nuestro país hace como en otras partes un último esfuerzo para mejorar decididamente su condición moral y física...

Aquellos viajeros, de quienes sólo incidentalmente hemos querido ocuparnos, continuaron su peregrinación. Nosotros, para terminar el trabajo que hemos emprendido, referiremos al lector las escenas que pasaron el día siguiente en el interior de la colonia.

Era el 22 de marzo: desde la aurora las campanas anunciaron un día de fiesta doméstica. Los colonos habían recibido con anticipación y se habían medido muy a su gusto, uno de los dos vestidos que les daba la asociación, y que todos llevaban muy satisfechos, porque no era la librea de los hospicios que avergüenza y degrada, sino el fruto de un trabajo libre y honroso; esta satisfacción era mayor en aquellos que habían recibido premios en el año, y que escogían generalmente



los días de mayor solemnidad para ostentarlos. Los habitantes de la “Segunda Filadelfia” habían sido invitados para tomar parte en la fiesta, y se esperaba que viniesen presididos de sus fundadores, que eran muy conocidos y queridos de todos, porque se sabía que ellos habían proporcionado los fondos necesarios para reparar la primera colonia, devastada hacía diez años por un mal militar y su chusma. Era universal el alborozo, porque después de aquel día sabían los colonos de qué cantidad podían disponer en la caja de la asociación, que aunque módica, proporcionaba a los solteros hacer sus gastos de matrimonio y a los padres de familia facilitar algunos goces a sus hijos. La generalidad esperaba hallarse muy bien con sus conocidos de la otra Filadelfia, y como las sencillas satisfacciones que esperaban estaban exentas de toda inquietud respecto del porvenir, y de cualquier otra sensación penosa, eran de tal manera a propósito para llenar el alma, que verdaderamente no podría concedérseles toda su importancia, sino por personas preparadas para los gustos inocentes.

Después de haber ido al templo conforme era costumbre, y de tomar el desayuno, habían vuelto los colonos a vestirse y asearse, esperando la señal que debía dar el vigía de la torrecilla central, anunciando la llegada de los vecinos.

Todo el mundo estaba de gorja; mujeres y hombres sólo pensaban en adornarse, o en ir a entablar sabrosa plática con sus compañeros, excepto una hermosa señora que se hallaba en una de las piezas altas de la casa, que en la puerta tenía escrita esta palabra: “Tesorería”. La bella apariencia de aquella persona, en quien los atractivos de la juventud se conservaban aún bastante frescos, para que un desconocido se equivocase creyéndola en la primera flor de la vida, hacía un inesperado contraste con su seriedad y con la grave ocupación a que estaba dedicada en aquellos momentos, pues sentada a un bufete, con la pluma en la mano, examinaba multitud de cuentas, haciendo rápidamente varias sumas que en seguida pasaba a un secretario que tenía delante, y a quien llamaba don Abundio. Cerca de ellos juguetaba, desordenando varios papeles con los que formaba casitas, un niño como de nueve años, rubio, de ojos negros, de tez muy rozagante, de facciones muy bien delineadas.

—¡Bendito sea Dios que acabamos!, dijo la señora poniéndose en pie; no tardará en venir Rosa, y hubiera sido una vergüenza que la función se detuviese por no haber arreglado y extractado las cuentas. ¡Y creíamos que era negocio de un par de horas!

—Yo bien le decía a usted, María, que era asunto largo; ya ve usted, hemos empezado a las tres de la mañana, y ya son las nueve.

—¡Válgame el cielo!, exclamó con alguna violencia la señora, al ver que el chiquillo había desordenado enteramente uno de los montones de papeles que había sobre unas sillas. Pedrito, me cansas la paciencia. Vea usted, don Abundio, lo que ha hecho este muchacho.

—No, mamá, yo no me meto contigo, estaba haciendo mis casitas.

—¡Qué casitas! bueno sería darte una zurra, y si no fuera porque tu padre te consiente tanto, no me quedaría con las ganas. Me has desarreglado esos papeles, y tenemos ahora que volver a empezar.

—Te ayudaré, respondió el niño.

—Sí, y de mucho me servirás; anda que hoy le diré a tu madrina que eres un niño malo, para que no te quiera Rosaura.

—¡Viene mi madrina Rosita! ¡Viene mi madrina, y también mi padrino que me quieren tanto!, decía el niño dando pequeños saltos por la pieza, a manera de baile. Oye, mamá... mamácita, ¿estás enojada conmigo?

—Sí.

—Pues ahora que vengan mis padrinos, me iré con ellos a la otra Filadelfia, y que te dejen a Rosaura.

La señora, ocupada en volver a poner en orden los papeles, ayudándola don Abundio, no atendía a su hijo, ni vio que se le acercaba una persona que acababa de entrar en la pieza.

—¿Tienes ya listos tus papeles, María?, le preguntó con acento dulce la persona que acababa de entrar.

La señora, con ese semblante que pone el que desea dar una queja sin perder su apacibilidad, contestó:

—No, porque Pedrito vino a hacer una casa con ellos; pero la cuenta está concluida y revisada a satisfacción de don Abundio. Oye, Luis, bueno sería que no le permitieses al niño que saliese de sus distribuciones, pues siempre viene a aumentarme el quehacer.

—¿Qué quieres? no soy yo quien lo consiente; ya sabes que fray Evaristo anda siempre sacándole de la escuela y de sus trabajos, por el gusto de oír sus ocurrencias.

—Tú y él lo protegen en cuanto quiere, y a mí me da vergüenza que haya otros niños de su edad que le ganen en varios trabajos.

—Es verdad; pero también él aventaja a todos en la lectura y particularmente en el dibujo. Por lo demás, añadió sonriéndose, esa propensión que manifiesta por las construcciones, es cosa que no debemos

contrariar; y aunque a veces se llena de lodo y pasa las horas de asueto en el sol, tal vez se anuncia en él una excelente disposición para la arquitectura.

—Papá, ahora había yo hecho una casa de tres pisos con los papeles de mamá; pero no servía el material y se vino abajo.

El papá se echó a reír de buena gana, y la señora puso un gesto de enojada tal que, al verlo, cualquiera habría dicho: esta mujer es muy feliz, y si pretende ser severa con su hijo, es porque conoce que con mayor consentimiento que el que le otorga su padre, y toda la familia podría perjudicarse.

Mientras platicaban se terminaba el arreglo de los papeles, que por fortuna no había sido difícil. En aquellos momentos entró una señora de edad avanzada, aunque todavía muy esbelta y con muy buen color, llevando de la mano una niñita rosada y de facciones delicadísimas.

—Vamos, dijo; ya está vestida Luisita, y vengo por Pedrito para que salgan a encontrar a sus padrinos, que ahí vienen ya.

Efectivamente a pocos instantes las campanas con un alegre repique avisaron la llegada de las personas que se esperaban, es decir, don Fernando Henkel y su esposa doña Rosa Dávila, que venían de la “Segunda Filadelfia” acompañados de casi todos sus colonos, a visitar a los de la primera.

Henkel había sanado enteramente de la vista, y Rosa, que ya no se acordaba del convento, lo ayudaba en los trabajos de la dirección de la colonia, lo mismo que hacía María con su esposo. Ambos matrimonios habían sido bendecidos por Dios con varios hijos, que hacían la dicha de sus padres. Pedrito y Luisita, que eran los primeros que había dado a luz María, habían sido apadrinados por Rosa y Fernando; Rosaura y Domingo eran los nombres de los mayorcitos del maquinista.

Éste había experimentado una cosa inesperada, y que diremos, porque puede servir para muchos: su matrimonio había cambiado la forma de su afecto a María, a quien nunca había dejado de amar, porque si retrotrayendo el tiempo lo hubieran puesto a elegir libremente entre ella y Rosa, habría escogido a esta última. Lo mismo decimos de María, habría elegido a su esposo, no obstante que no le habría sido fácil decidir en caso necesario a quién amaba más, si a éste o a Fernando. Tales son los beneficios que el Todopoderoso se digna conceder a los matrimonios que tienen por base una virtud sólida y una educación elevada.

Por lo que toca a las dos matronas, sólo tenemos que añadir que sostenían, sin que nadie lo apercibiese, una mutua rivalidad cuyo obje-



to era hacer la dicha de sus esposos, y desempeñar con mayor inteligencia la parte directiva de la colonia que éstos les habían confiado casi enteramente, lo cual no les impedía velar por la educación y adelanto de sus hijos.

María y su esposo salieron también a recibir a sus compadres y a los habitantes de la segunda colonia, no dejando de colorearse las mejillas de la primera al abrazar a Fernando.

—Ya saben ustedes, le dijo a éste y a Rosita, que en cada año, el día 22 de marzo, acostumbramos dar cuenta a los socios del estado de nuestra colonia, así como ustedes lo hacen en fines de diciembre. Ahora tenemos que añadir a nuestras satisfacciones, la de haber logrado que se diese muy bien en nuestros campos la caña de azúcar, cuya molienda ha concluido con toda felicidad. Iremos primeramente al templo, donde nos espera fray Evaristo, a dar gracias al Todopoderoso; después se leerá la memoria anual, y se repartirán los premios; en seguida comeremos reunidos; en la tarde habrá algunos juegos de destreza y fuerza que están preparados, en los que podrán tomar parte los colonos que quieran de una y otra Filadelfia, y concluirá tan bello día yendo nosotros a dejar a ustedes.

Antes de entrar al templo, conforme había indicado María en su compendiado programa, fue necesario pasar a la “Rotunda” para dar lugar a que acabasen de reunirse los concurrentes que excedían de dos mil personas. Por esta misma causa no todos pudieron colocarse en la iglesia, donde fray Evaristo, que se había retirado de las misiones, entonó con voz temblorosa ya por los años, pero ferviente, el gran himno cristiano, *Te Deum Laudamus*, que hasta aquí ha servido generalmente para hacer presente con la mayor impudencia ante Dios el triunfo del partido que derrama más sangre, y que en aquella ocasión transmitía en sus armoniosas cadencias, acompañadas de una música verdaderamente solemne, el tierno agradecimiento de un pueblo de hermanos, limpio de toda mancha, cuyos esfuerzos no habían sido dirigidos y empleados contra sus semejantes, sino contra la tierra, para arrancarle ricos dones, ayudándose poderosamente de la inteligencia aplicada a las artes, ya en los procedimientos de la mecánica ya en los de la química.

Concluido el cántico latino, el pueblo entonó el himno compuesto por Fernando, como más a su alcance.

De la iglesia pasaron todos al gran patio que comprendía la “Rotunda”, único capaz de contener tal multitud. Allí, bajo la portalería inte-

rior que daba a los talleres, y a la sombra de los naranjos y de los plátanos, se habían dispuesto los asientos convenientes. En el centro había un tablado que ocuparon: fray Evaristo, que presidía la solemnidad, el padre don Luis y Fernando como directores: a continuación de éstos seguían los miembros del Consejo de ancianos de ambas Filadelfias y los del administrativo. Rosa con sus hijos y los de María se hallaban en unión de la madre del padre don Luis, en lugar separado donde estaban también Laura y su esposo.

María, encargada de leer la memoria anual, refirió con voz clara y llena los adelantos que había alcanzado la colonia, que tenía en aquellos momentos la dicha de contemplar juntos a sus fundadores. Especificó muy pormenor cuáles eran las riquezas que se habían acumulado en diez años de trabajo, marcó cuáles eran las ganancias que se habían alcanzado en el último y lo que correspondía a los asociados en proporción de sus inscripciones, a tanto por peso, para que comprendiesen los menos avisados:

HEMOS REALIZADO, decía, LO QUE MUCHOS NO SE ATREVIERON NI A DESEAR.

Entre nosotros no hay mendigos; tampoco hay ladrones.

El que se imposibilita en el trabajo por cualquier accidente inculpable, no tiene que temer a la miseria, pues hasta su lecho, modesto es verdad, pero limpio y aseado le llegarán los alimentos para la subsistencia, sin que falte la de sus hijos.

Aquí no hay hospital que es el temor del desvalido. No hay mujeres perdidas, ni se deprava la naturaleza porque no se retardan indefinidamente los matrimonios.

La mujer no es aquí carga pesada para el hombre que sólo le aumente los gastos sin ayudarle a producir: ¡no! porque aquí es verdadera compañera y ayudadora del hombre, cuya superioridad se reduce a la dirección de la familia, y al respeto doméstico; pero sin esas crueles dependencias que se originan de la desigualdad de condiciones, que acarrea la miseria, y por las cuales siempre ha sido en todo el mundo más que compañera esclava degradada.

Sienten aquí el hombre y la mujer juntamente restablecida la dignidad humana, que en tantas partes destruye la falta de medios de subsistencia; y si alguno propende a la soberbia, la oculta cuidadosamente, porque donde todo está nivelado según el mérito, la arrogancia se parecería muy bien a la locura, y nadie quiere pasar voluntariamente por loco. Todos los padres de familia son aquí económicos, sin que asome jamás la avaricia. Ésta es pa-

sión engendrada por el miedo de cambiar de posición empeorándola; pero desde que estamos ciertos de que nuestra colonia sólo puede acabar con nuestra vida, la avaricia no tiene ya lugar; ¿quién se afanaría por vestirse de gruesas lanas si supiera que ya no había invierno?

La ira, la gula y aun la envidia son defectos que el aspecto tranquilo, y siempre ordenado de nuestras costumbres, corrige sin esfuerzo, hablando en general; si hay, como no puede evitarse, casos particulares en que se muestren esas pasiones desordenadamente, sirven sólo de escarmiento a los niños, y de vergüenza a los que tienen la debilidad de abandonarse a ellas, aunque sólo sea momentáneamente.

En cuanto a la pereza, no necesito recordaros que es el vicio verdaderamente capital que nuestras instituciones no pueden consentir. Quiso Dios que viviésemos todos de nuestro trabajo, corporal e intelectual, y así debe cumplirse. Los que pretendan sustraerse de esta condición esencial de nuestro ser, no pueden vivir entre nosotros. Las grandes ciudades presentan muy frecuentemente el ejemplo desmoralizador de personas que nada hacen más que fastidiarse, diciendo que se divierten, y para quienes parecen hechos los goces más exquisitos; no las envidiamos, pues creemos que nuestra vida de inteligencia y de acción es más feliz que esa somnolencia enervadora, esa penosa nulidad que hace aborrecible hasta la luz, y enfadosa la carrera del tiempo. Y si podemos sostener tan ventajosamente nuestra vida “societaria”, con los seres más felices de la actual civilización; ¿qué diremos de tantos millares de desgraciados que se arrastran mendigando el sustento en derredor de los palacios de esos hombres a quienes el mundo llama grandes? Y no penséis que hablo sólo de los que imposibilitados para el trabajo tienen que pedir a la escasa conmisericordia del rico un mendrugo. Hablo también de los que ofrecen su trabajo sin ser admitidos, o que para subvenir a su subsistencia tienen que esclavizarse noche y día, sin lograr una hora de verdadera satisfacción, por no ver nunca asegurado un módico porvenir. ¡Dichosos todos nosotros que a las imperfecciones naturales de nuestro ser no tenemos que experimentar el [del] pobre en las grandes ciudades!

La limosna, que es generalmente la careta con que cubre el cristiano sus riquezas procurando, aunque en vano, engañar a la sociedad y engañarse a sí mismo, ha dejado aquí el lugar a la verdadera caridad.

Aquí hay rivalidad, porque es un elemento que aumenta la fuerza del hombre, pero sin odio; sirva solamente para el bien; ya sabéis que lo que se llama civilización es fuente perenne de infinidad de males.



Aquí no hay soldados: la “Junta de ancianos” ha mandado que en caso de ser atacados, nos defendamos hasta morir, para que no seamos, como en otra memorable ocasión, fácil presa de los ladrones, o de cualquier tropa armada; cosa de mil hombres instruidos todos en el manejo del rifle, que pueden salir de las dos Filadelfias, pues en esto, como en todo, deben hallarse estrechamente unidas, impondrán el respeto suficiente para que no seamos burlados. Excusado es añadir que llegada la ocasión, las mujeres sabremos también cumplir nuestro deber. Esperando que la Divina Providencia alejará de nosotros todas las calamidades que pueden venirnos de nuestros vecinos los civilizados, podemos enumerar con humilde satisfacción los dones que con su protección hemos alcanzado.

Recogemos anualmente suficiente cantidad de maíz, de trigo, de frijol y de otras semillas para alimentarnos frugalmente, y para vender a los que comercian y vienen a buscarlas a nuestras puertas. Últimamente hemos logrado que se dé muy bien la caña de azúcar, cuya molienda se concluyó ayer. Aún no hemos llegado a grande perfección en este ramo, sin embargo, por la que ahora tomaréis en vuestro café, reconoceréis que los primeros ensayos la han producido de una mediana calidad, y ya no tendremos que hacer este gasto que no era pequeño.

Sabemos producir excelentes mantas y sarapes, y medianos casimires, de manera que casi no tenemos necesidad de comprar otros artículos para vestirnos, porque es tan condescendiente el espíritu de vuestras mujeres, que sin pena se avienen a cubrirse con lo que sabemos construir, a trueque de que los gastos comunes sean menores, y tengan un aumento los ahorros que dedicamos a nuestros hijos.

Poco, muy poco, necesitamos de los pueblos vecinos, y sin embargo les remitimos anualmente nuestros sobrantes, con cuyo precio aumentamos nuestros fondos.

Si en los diez años que han transcurrido hubiéramos contado con la protección eficaz del gobierno, se habrían multiplicado las colonias, pero lejos de esto, parece que se nos persigue con las alcabalas,<sup>3</sup> contribuciones y levas, que frecuentemente nos roban un padre de familia, o un joven que pronto la habría formado, cuando los pillan fuera de la colonia.

Todos estos son graves inconvenientes que hacen crecer nuestros precisos gastos, porque nos encargamos de las familias huérfanas. Entre nuestros mayores dispendios, tenemos que contar por desgracia lo que pagamos por obvenciones y derechos parroquiales.

<sup>3</sup> Impuesto indirecto aplicado a las mercancías que fue abolido en 1896.

Esperemos, a pesar de tales dificultades, que el incesante trabajo en que vivimos, y más que todo, la protección divina, allanarán los obstáculos que ahora existen para que nuestra cristiana institución se generalice cuanto es necesario, cooperando con ella a la dicha del género humano.

La oradora fue recibida al dejar la tribuna con estrepitosos palmoteos, y conducida por Fernando fue a entregar al “Consejo de ancianos” los libros y documentos que había preparado, y que en pos de ella llevaba don Abundio Torres, los cuales quedaron en la tesorería a disposición del que quisiera examinarlos, después de que el “Consejo administrativo” dio acerca de ellos su dictamen, que fue muy favorable, don Rafael Torreblanca, que en su calidad de médico de las dos colonias era miembro del “Consejo administrativo” de una y otra, leyó la lista de los que, conforme al reglamento, debían ser premiados.

Diremos a nuestros lectores, si conservan algún interés por algunos viejos conocidos, que los dos primeros lugares de la lista estaban ocupados por Gil Adán y Dimas Tostado. Fray Gil, después de su despedida de la casa de María, recordando haber leído en las cartas que dejó en ella Fernando, que había un establecimiento en que con sólo trabajar se libraría de cuantas dependencias le habían atormentado hasta entonces, se encaminó hacia él, verdaderamente a la ventura, pues no sabía dónde podría hallarle. Conservaba, es verdad, con su prodigiosa memoria, el recuerdo de todas las prevenciones del reglamento; pero por más que preguntó por la Nueva Filadelfia nadie le daba razón hasta que en Guadalajara había encontrado a “El Gachupín”, a la sazón en que éste iba con María, ya casada, a la colonia. Grande fue el gozo de la joven al reconocer a su maestro, así como el de “El Gachupín”, aunque éste quedó muy amargado al saber de fray Gil, que en una de sus excursiones a Morelia, en busca de la Nueva Filadelfia, había encontrado a Juan “El Coyote” en el camino, colgado de un palo, después de haber sido fusilado casi a su vista.

Fray Gil, para entrar a la colonia, había omitido el “fray”, y no teniendo apellido, se había puesto “Adán”, y como no estaba ligado con ningún voto, al año siguiente se había casado, lo que junto con el trabajo del campo, le había quitado los ataques de epilepsia como por encanto.

En aquella vez recibía un premio extraordinario, porque era el mejor maestro de escuela, y juntamente el primero de los capitanes.

“El gachupín” se había puesto por nombre Dimas, y por no tener apellido le llamaban “Tostado”, desde que en un incendio que casual-

mente empezaba en las máquinas de despepitar algodón, había mostrado tal arrojo que por su decisión se había librado la casa de una gran desgracia. Por tal causa recibía un premio extraordinario. Verdad es que él se había tostado media cara, y que su sobrenombre correspondía muy bien al hecho, pero la destreza del doctor Torreblanca lo había salvado a su vez, no quedándole en la cara otro vestigio más que el color un tanto renegrido. Por aquella cura que había sido muy pronta y feliz, pues el paciente, al parecer, había perdido el ojo derecho, y el uso de la mano y la pierna, quedando después enteramente sano, el “Consejo de ancianos” de cada una de las Filadelfias había determinado que se remunerase a Torreblanca extraordinariamente, dando un real por cabeza los chicos, y dos reales los grandes, con lo que el doctor había reunido aproximadamente mil pesos, que en aquel momento recibió. Dimas decía a Gil Adán, con motivo de su quemadura, descargando un poco el ceño y mostrando sus pequeños dientes:

—Vale más que haya sido antes, y no después; ya sabes que yo tenía forzosamente que pasar por el fuego.

—No sé qué decirte, contestaba Adán; porque aquí entre nos, si Dios vence en la eterna y grande lucha del bien y del mal, todos nos salvamos, si vence el Demonio, todos nos condenamos. La disputa no pasaba de aquí, pues Dimas no se sentía fuerte en metafísica, porque las pláticas del padre don Luis se dirigían siempre a algún objeto de moral en acción; en cambio sabía que el arrojarse a las llamas para evitar el que muchos pudiesen, era una cosa bien hecha, y estaba resuelto a tostarse por el otro lado, en caso necesario.

Pero continuaremos nuestra comenzada narración. Concluida la repartición de premios, habían pasado a comer, y en seguida se representó en el mismo patio la pieza titulada: “La Gracia de Dios” en que el papel de la protagonista fue desempeñado por Laura, conmoviendo extraordinariamente a la concurrencia.

En la tarde se verificaron los juegos de fuerza. Al principio no había querido consentir en ellos el padre don Luis, creyéndolos peligrosos; pero fray Evaristo lo había convencido, diciéndole que por mucho tiempo la vida de los hombres será una lucha continuada, y puesto que es necesaria, vale más que los buenos estén preparados para ella con todos sus recursos.

Aquellos colonos de formas hercúleas y de musculación desarrollada y endurecida por un trabajo graduado, según la complejión del individuo, hicieron cosas asombrosas en materia de fuerza y de destre-

za. Corrieron primeramente a pie igualando la velocidad de un caballo regular, en lo que sacó la ventaja a todos Gil Adán, que de cada zancada tragaba algunas varas. Lucharon después como los antiguos atletas, aunque sin herirse, dando pruebas de singular caballería cuando disputaban con sus vecinos. Dimas Tostado mostró en esto mucha astucia, sacando grande partido de su cuerpo rechoncho, que nunca llegó a tocar el suelo con la espalda. Alzaron pesos enormes e hicieron vistosos equilibrios, terminando con carreras de caballos, que allí mismo fueron ajustadas. A la hora del crepúsculo volvieron a la “Rotunda”, que ya estaba profusamente iluminada y comenzaron a bailar, yendo sucesivamente por grupos a tomar una sencilla colación.

Mientras que bailaban el padre don Luis tenía con el maquinista la siguiente conversación:

—En el largo tiempo que nos conocemos, le dije, no te he hecho una pregunta que te confieso excita mi curiosidad.

—Puedes hacérmela.

—Me ha llamado siempre la atención el que cuando habías ya gastado sumas considerables en esta Filadelfia, pues supe que se había perdido el importe de una de las libranzas de fray Evaristo, que tú supliste generosamente, te quedasen aún tan grandes fondos, que pudimos reedificar esta casa cuando fue quemada, y dotar la “Segunda Filadelfia”. Bien recuerdo que en el viaje a California hiciste una buena rebusca de oro; pero no sé porqué he creído que tú has contado con algún recurso más cuantioso.

—Tienes razón, y supuesto que me lo preguntas, te haré la explicación que desees, y que de otro modo nunca te habría comunicado; está reducida a pocas palabras: hacía moneda falsa.

—¡Moneda falsa!

—Sí, desde los primeros días que pasé en estos lugares ayudándote en los trabajos de la fundación, conocí que la obra que emprendíamos no podía tener otro apoyo que el dinero, y aunque se contaba con el necesario para practicar el ensayo, el menor contratiempo haría que fracasara. Una obra de esta naturaleza, que no cuenta con el entusiasmo que reinaba cuando se fundaron los conventos, que no halaga fuertemente la imaginación y el interés de los ricos, por más que sea en sí misma caritativa y dirigida al bienestar de los pobres, por más que éstos luego que la comprenden se disponen a toda clase de sacrificios, si no tenía por fundamento la abundancia de recursos para empezar, habría quedado relegada a la categoría de hermosos sueños. Para evi-

tar que tan gratas esperanzas, las únicas tal vez capaces de satisfacer el anhelo de un corazón cristiano, se disipasen, me dediqué a buscar los fondos indispensables para la refacción, en caso de cualquier contra-tiempo, y marché por esto a California. Allí habría conseguido cuanto necesitaba, pues en los pocos meses que estuve hice grandes ganancias, aunque a costa de indecibles penalidades; pero los enemigos de nuestra patria me arrojaron de allí, y los Tratados de Guadalupe<sup>4</sup> hicieron imposible mi vuelta, porque como tú sabes, aquella región, explorada por los jesuitas, y medio civilizada por nuestros antepasados, descuidada enteramente por nosotros desde que somos independientes, pasó a ser de la Unión Americana en castigo de nuestra criminal apatía.

Hallándome de vuelta en México pesé muchas veces mi oro, buscando el modo de que valiera más, cuando me ocurrió hacer con él moneda falsa. Te confieso que vacilé por mucho tiempo, y que aun pensé comunicarte mi proyecto. Él me perdonará, decía yo, que cuando hasta lo más santo está falseado entre los hombres, yo adultere un poco de metal para hacerlos buenos; pero me retrajo el recuerdo de tu severidad, y la necesidad que había de proceder con presteza, pues tú librabas contra mi casa en cada correo, sin saber que se habían perdido los últimos cincuenta mil pesos de fray Evaristo. Me resolví al fin a ejecutar mi proyecto, haciendo uso de una combinación que había ideado desde que estudié química, pues sabía que el rey de España dispuso que se tirasen los granos de platina que se encontraban en algunas minas de las Américas del Sur, como si fuese un metal inútil, con el fin de que no sirviesen para la adulteración del oro. La mayor densidad de aquella sustancia, pues como sabes es el metal más pesado, servía muy bien para mi cálculo, pues permitía aumentar un poco la dosis de cobre que intencionalmente buscaba yo de color muy subido, esperando que todo lo que aumentase la liga de platina y cobre disminuiría el oro, si lograba hacer las monedas con la más perfecta apariencia de este metal.

Había hecho correr de antemano las voces de que venía inmensamente rico de California, y que allí había adquirido de los chinos la costumbre de adormecerme con opio casi todo el día; y no faltó quien añadiese que esto último lo verificaba yo para borrar de mi memoria el recuerdo demasiado penoso de unos amores desgraciados.

<sup>4</sup> Con ellos, firmados el 2 de febrero de 1848, concluyó la guerra entre México y los Estados Unidos de América.

Me puse a construir los troqueles imitando, hasta en sus imperfecciones el cuño mexicano para las onzas de oro; dispuse los volantes que había en mis almacenes destinados a la fabricación de botones de águila que no habían tenido salida. Orgulloso con estos preparativos me puse a fundir mi mezcla; ipero cuál sería mi desconsuelo, cuando después de muchos afanes conocí que la platina era infusible, al menos por los medios comunes! Como esta dificultad hería de muerte mi proyecto; me puse a indagar en los libros, y en los pocos establecimientos que tenemos, de qué medios me podría valer para concentrar el calor de un modo tan poderoso que llegase a fundir la platina, pero en ninguna parte pude salir de mi ignorancia. Ya desesperaba de la empresa, cuando el acaso vino a favorecerme, pues me llegaron del extranjero unos sopletes de gran fuerza, que no había pedido, hechos *exprofeso* para fundir la platina. Practiqué todo lo que el cuaderno de explicación que traían indicaba como conveniente y me puse a la obra. ¡Qué inmensa satisfacción experimenté cuando vi que comenzaba a correr mi metal amarillo, salido de mis tres ingredientes, cobre, platina y oro, que imitaba perfectamente la constitución de este último! Lo examiné con el microscopio, lo probé con ácido sulfúrico, lo ensayé por el fuego a una temperatura regular, y en todo, Luis, en todo había la más admirable semejanza con el oro puro, a tal punto, que creí haber encontrado la piedra filosofal. Yo mismo dispuse el primer volante y recorté mis piezas, imprimí en ellas mis troqueles, y aunque de pronto no salieron tan perfectamente selladas como era necesario, desde luego mostraron el mismo color, igual peso, idéntico sonido al de nuestras onzas comunes, hasta con la particularidad de que podía producirlas con un color más o menos subido, según disminuía la dosis de la platina, quedando siempre fija la del cobre, que ya te he dicho era siempre del más encendido, y en muy pequeña cantidad, para que mi mezcla no fuese atacable por los ácidos. Dos partes de cobre, cuatro de platina y ocho de buen oro era mi combinación ordinaria.

Luego que se enfriaba el compuesto tomaba un color que tiraba un poco a gris, pero sumergiéndolo en una mezcla caliente de dos partes [de] sal de nitro, una [de] sal común y otra de alumbre, obtenía definitivamente el más hermoso color de oro.

Como en el buen éxito de la empresa iba nada menos que mi vida y el bienestar de algunos miles de criaturas, pues era para mí evidente que la Nueva Filadelfia habría de necesitar grandes recursos, y que en

el caso muy feliz ciertamente de que no los necesitara, servirían para propagar la institución, hice mil experiencias con mi metal, sin que se descubriese la adulteración, pues hasta los tiradores lo tuvieron por bueno, sacando de él hilos tan delgados y resistentes como de una moneda de oro corriente.

Busqué peones que me ayudasen en mi empresa, y acordándome de mi origen y primitiva ocupación, escogí al efecto dos indios mexicanos, de los que vienen a vender carbón por las calles de México. Casualmente habían sido cogidos de leva, y después de sacarlos del cuartel, mediante un regular rescate dado al coronel, les puse una carbonería en uno de los barrios menos poblados de la capital, de cuya negociación se encargaron sus mujeres. Transportamos a aquella casa los volantes y una maquina para hacer el cordón de la moneda, y cuando tenía fundidas y dispuestas las pequeñas láminas de mi metal, iba a trabajar en su compañía, disfrazándome como ellos, sin darles a conocer mi nombre ni mi casa, de suerte que en caso de que nos hubiesen sorprendido, sólo habrían aprehendido a tres indios desconocidos. Volví con mis piezas elaboradas a mi casa; apartaba las que no tenían lacra ni defecto visible, las reunía con las legítimas que don Abundio compraba por mi encargo, y todas juntas pasaban por conducto de mi criado Gregorio al cajón de “La Esperanza”, donde Antonia las cambiaba a los jugadores, por plata, sacándoles un corto premio. No sé hasta dónde hubieran podido llegar mis ganancias, pues en cada onza de mi metal reducido a moneda, me quedaban unos seis pesos, dando por la platina un valor cuádruplo del que tiene la plata, el cual esperaba reducir de manera que mi ganancia fuese cómodamente de más de cien pesos en cada libra manufacturada; pero Dios quiso ponerle término, entregándome en manos de mis enemigos y privándome temporalmente de la vista, en cuya desgracia, según creo, no tuvo pequeña parte el intensísimo fuego que encendía yo, en los cuartos de la azotea de mi casa para fundir el metal. Te he dicho ya lo que deseabas saber.

—Perdona, Fernando, lo que voy a decirte, pero en todo eso hay algo muy malo.

—Ya sabía tu respuesta; pero acaso no esperas la mía. Hay algo muy malo según dices; tu moderación impide el dar a lo que yo he hecho el nombre que se acostumbra darle; cualquiera diría que es un robo, aunque nunca tuve el ánimo de apropiarme el producto de mi industria. Debemos por tanto restituir lo robado, y como en tal caso quedaremos infinitamente pobres, dime cómo restituiremos por ejemplo el dinero



que costó el que diesen en Roma la licencia para que pudieses casarte. Si te parece devolveremos el rescripto...

Estas gentes ahora tan alegres, y tan felices, deben volver también a sus pasados sufrimientos, a la esclavitud rural, de peones de hacienda, o a la esclavitud doméstica de sirvientes; realizaremos todo lo que hay en ambas Filadelfias y lo restituiremos, sólo espero que me digas, ¿a quién? El porvenir dichoso de la Humanidad debe quedar como hasta aquí, rodeado de obstáculos que es imposible vencer. No hay que esperar que los ricos imiten a fray Evaristo, porque los ricos no son cristianos, ni demócratas, ni nada, son solamente ricos; los pobres nada pueden, y si alguno de ellos encuentra una gran masa de dinero para hacer los ensayos que deben preceder a la mejora universal de la Humanidad, debe restituirla. ¿Qué respondes, querido amigo? Ya es hora de que termine el baile de nuestros colonos. ¿Te parece que les digamos: señores, cese vuestra alegría; hasta aquí habíamos sido felices por un robo, vamos a restituirlo, y ustedes deben volver a sus antiguos sufrimientos? O de este otro modo: señores, ha dado ya la hora en que debéis ir a descansar, para comenzar con más ardor desde mañana vuestros interesantes trabajos.

El antiguo vicario de Tepepam hizo cesar inmediatamente el baile, pero no dijo lo primero; acompañó con su esposa y con los colonos a sus vecinos, y en el camino habló con su amigo acerca de la posibilidad que había de fundar en el año inmediato una tercera Filadelfia, por el aumento gradual que habían tenido los fondos de la primera; Fernando contestó:

—No hay necesidad de esperar a que concluya este año; Dimas puede decirte, si lo permite María, dónde se halla un gran tesoro que podría servir al efecto; porque convéncete, Luis, si hay algunas restituciones que hacer, por todas partes las reclama con un derecho preferente el pueblo, de quien salen todas las riquezas en el mundo dejándole pobre.

Tal vez convenció esta razón al padre don Luis, o algún otro cristiano viejo aportó los fondos; el hecho es que no concluyó el año de que hablaban los dos amigos, sin que se abriesen los cimientos de la “Tercera Filadelfia”.

